CAPITULO XVII

EN LA GALERÍA DE RAFAEL

Aun no eran las tres de la tarde y ya estaban encen didas todas las lámparas en el laboratorio de Biología; la clase entera se hallaba ocupada en seccionar, con los cortaplumas, raíces de helecho y en examinarlas al microscopio. Un jovencito, muy callado y muy parecido á una rana, trabajaba con gran ahinco, asemejándose más que de costumbre, á una rana modesta y compungida. Detrás de la señorita de Heydinger, tan fatigada y tan desaliñada como antaño, se veía un sitio vacante, un microscopio abandonado y lápices y cuadernos en desorden.

En la puerta de la clase aparecía la lista de los estudiantes aprobados en el examen de fin de año. A la cabeza figuraba el nombre del jovencito-rana; tras él aparecían el de Smithers y el de una alumna. Lewisham encabezaba modestamente la segunda serie; el nombre de la señorita de Heydinger faltaba: había sufrido un fracaso. El fracaso era, sin duda, la compensación de refinadísimas emociones.

En la anchurosa soledad de la galería reservada en el Museo para los cuadros de Rafael, Lewisham estaba sentado, entregándose á sombrías meditaciones. Con mano distraída, se retorcía nerviosamente el ya indiscutible bigote, manifestando predilección singular hacia aquellos pelos que eran lo suficientemente largos para ser mordidos.

Hacía grandes esfuerzos por examinar claramente la situación. Aun sentía la viva contrariedad de su derro-

ta: esto baste para dar idea del estado de ánimo en que se encontraba. La sombra de la derrota, ensombreciendo las llamaradas de su orgullo, y haciéndoselo ver todo negro, le presentaba las cosas en aspectos completamente nuevos. La soberana hermosura de sus sentimientos amorosos, se había eclipsado en el rincón más escondido de su corazón. Experimentaba odio salvaje contra el jovencito-rana; motejaba á Smithers de traidor. Enfurecíase locamente, amargamente, contra los «empollones» que se pasan la vida reventándose para lucirse en unos exámenes verdaderamente estúpidos, y que sólo deben tomarse á broma. El examen práctico había sido una injusticia manifiesta, toda vez que una de las preguntas no estaba incluída en el programa. Biver, el profesor Biver, era un solemnísimo borrico; Weeks, el preparador y auxiliar Weeks, era otro borrico. Pero nada de esto bastaba á encubrirle la causa determinante de la derrota: la pérdida de más de la mitad de las tardes, la pérdida de las mejores horas para el estudio, y esto día tras día, representaba, sumado, una pérdida grandísima y constante de tiempo. Y esta misma tarde, aun iría á buscar á Ethel, preparándose así otra derrota vergonzosa, cuando en la segunda mitad del curso tuviese que examinarse de la parte botánica. De este modo, descartando á regañadientes excusas y protestas, logró puntualizar con entera claridad el antagonismo que existía entre sus relaciones con Ethel y sus ambiciones inmediatas.

Todo le había salido tan á pedir de boca, durante los dos próximos pasados años, que tenía descontada la seguridad del éxito más completo, y fiaba en la total realización de cuantos proyectos abrigaba para el porvenir. Jamás se le ocurrió, cuando después de la famosa sesión espiritista reanudó las relaciones con Ethel, que había en ello el más leve peligro. Los acontecimientos le daban rudamente la voz de alerta.

Complacióse un rato en imaginar la vida que vivía el alumno-rana (que era de familia burguesa y rica), sentado ante magnífico bufete, con buena lámpara, en habitación suntuosa llena de estantes y de libros, en tanto que él, Lewisham, estudiaba sobre un cajón vacío, arrebujándose en un gabán viejo, y cubriéndose los pies con una alfombrilla agujereada.

Y en seguida, mientras el otro, rodeado de comodidades y de lujo, trabajaba, trabajaba y trabajaba, él, Lewisham, se iba por las húmedas y nebulosas calles camino de Clapham, y, después de separarse de Ethel, volvía á casa con el cerebro repleto de absurdas fantasías.

Con lucidez de estoico, examinó el estado de sus relaciones con Ethel. Pesó y midió y auscultó serenamente, y ni se mintió ni se engañó. Sentía afecto hacia ella, le gustaba verla, hablarle y agradarle... pero no se limitaba á esto su deseo. Recordó las frases amargas de un orador que, en una conferencia en Hammersmith, se lamentaba de que en la sociedad moderna, la necesidad natural del matrimonio, encontrase tantos obstáculos: la virtud había llegado á ser un vicio. «Nos casamos asustados y temblorosos. La mujer se da por entero, pero sólo á cambio de un hogar, y el hombre alcanza lo que de corazón desea, cuando ya ha muerto el deseo del corazón». Estas frases, que antaño se le antojaron un alarde retórico, las recordaba hoy, comprendiendo la gran verdad que contenían. Lewisham vió que ante él se habrían dos caminos divergentes: en uno estaban los títulos, los triunfos académicos y cuanto conduce á obtener la posición y la gloria, que habían sido el sueño dorado de su vida; en el otro, Ethel. Escogería bien, decidiéndose por Ethel?... ¿Qué podría ocurrir?... ¡Algunos paseos de más ó de menos!... Su novia era extremadamente pobre; él era pobre extremadamente; y ella, además de tener por padrastro á un medium fullero, había recibido educación muy rudimentaria y ni comprendía los estudios ni el objeto que Lewisham se proponía alcanzar.

Súbitamente, nuestro héroe adquirió la convicción absoluta de que, después de la sesión de espiritismo, debió irse á dormir, procurando no volver á pensar en Ethel. ¿Por qué sintió irresistible deseo de verla?... ¿Por qué tejió neciamente, en torno de la joven, una

red para cazarse él mismo?... Ahora ya estaba atado... estúpidamente atado... Había sacrificado el porvenir de su existencia al capricho fugitivo de un amorío callejero. Rabiosamente se tiró del bigote y se mordió, rabiosamente, cuantos pelos pudo...

Imaginativamente trazó un cuadro de familia. Ethel, su misteriosa madre y el habilidosísimo Chaffery, lo encadenaban, lo envolvían en impalpables redes y le impedían conseguir la fama y realizar las magnas empresas que eran su ambición. Estaba condenado á andar con el calzado roto, y á recibir las salpicaduras de barro de los carruajes. Por de pronto, la medalla del «Premio Forbes» — que era el ascenso inmediato, — podía considerarse perdida.

¿En qué diablos había estado pensando?... Acordóse entonces de cómo lo habían educado. Los aristócratas y los burgueses tienen padres que les enseñan á evitar los peligros de los amoríos, y huyen de ellos hasta el día en que han logrado conquistar nombre y posición independiente. Esto era lo natural y lo lógico...

Y todo estaba gravemente comprometido; no ya su trabajo y su carrera científica, sino su papel en la Debating Society y en el movimiento político, y hasta su colosal obra en favor de la Humanidad... ¿Por qué no adoptar una resolución... inmediatamente?... ¿Por qué no informar, francamente, á Ethel de lo que ocurría?... ¿No sería mejor escribirle?... Escribiéndole tendría la ventaja de poder pasarse la tarde en la biblioteca... Le pediría renunciar al paseo cotidiano, por lo menos hasta que sufriese el examen inmediato. Ethel comprendería lo razonable de la proposición. Le asaltó una duda... y la duda le hizo montar en cólera. ¿Para qué atenuar las cosas?... Si á diario iba á escribirle... ¿para qué tantas precauciones?... Sencillamente porque Ethel no era muy razonable.

Lewisham tuvo un breve acceso de rabia.

Con todo, la supresión del paseo se le figuraba una mezquindad.

También á ella se le antojaría una mezquindad, y

eso ya era peor. Nuevamente tuvo otro acceso de rabia.

El majestuoso conserje del Museo, que lo observaba á hurtadillas, se preguntaba por qué razón un alumno, sentado frente al «Sacrificio de Lysta», se roía las uñas, se mordía los labios y se comía los pelos del bigote, lanzando miradas agresivamente fieras á aquella obra maestra del arte pictórico. Y el majestuoso conserje del Museo vió á Lewisham ponerse de pie, dar un brinco y, rápidamente, resueltamente, rectamente, atravesar la galería, franquear la puerta y, sin volver la cabeza, bajar las escaleras.

—¡ Mala mosca le habrá picado! — murmuró sentenciosamente el majestuoso conserje del Museo. —¡ Ah! ¡ Vamos! ...; Sin duda va tan corriendo para buscar otro bigote y comérselo!...

Tras breve meditación, el digno funcionario recorrió lentamente la galería y se detuvo á contemplar el cuadro.

—Las personas en este cuadro resultan algo más grandes que las casas... Pero esto es arte... y no vale censurar. Me apuesto algo bueno á que ese come-bigotes no es capaz de pintar otro cuadro que valga... ¡ni la mitad que este!...

Así habló el justo, el imparcial, el digno y majestuoso conserje del Museo de la Escuela de Kensigton.

CAPITULO XVIII

UNA REUNIÓN DE LOS AMIGOS DEL PROGRESO

La tarde que siguió á aquella en que nuestro héroe estuvo recapacitando, hubo grandes novedades en el mundo. Una jovencita, que lucía abrigo de astracán, recorrió á pie, completamente sola, el camino que hay desde Chelsea hasta Clapham, y lo recorrió como si buscase algo precioso que se le hubiera perdido. Mientras esto sucedía, Lewisham, sentado bajo una de las lámparas eléctricas de la sala de trabajo, paseaba la mirada distraída por un rimero de libros, que eran testimonio de sus buenos propósitos estudiantiles.

No se llegó al acuerdo sin violencia, y la explicación fué bastante difícil. Ethel no se hacía cargo de lo que significaba la calificación mediocre obtenida por Lewisham en el examen.

-¡Pero si lo aprobaron á usted! — murmuraba. Tampoco pudo comprender la importancia de aprovechar para el estudio todas las horas de la tarde.

—Yo no sé de esas cosas — confesó Ethel juiciosamente, — pero se me figura que usted trabaja casi toda la tarde.

La joven calculaba que en el paseo ocuparían, á lo sumo, media hora...; media hora!... Tampoco contaba con el tiempo que Lewisham invertía en ir desde la Escuela de Kensigton hasta Chelsea, ni en el que empleaba en volver desde Clapham hasta su alojamiento. La habitual dulzura de Ethel desapareció, dejando plaza á rencor exajerado y ostensible, contra Lewisham primero, y después contra la suerte.

-¿Es absolutamente preciso que suprimamos el

paseo?... - murmuró, y luego, pálida y temblorosa, dijo: - ¿Supongo que importará poco que dejemos de vernos con alguna frecuencia?...

Lewisham quedóse disgustado, y tan pronto como se separaron se dedicó á redactar una extensa carta aclaratoria del hecho. Pero los hábitos de hombre de ciencia imprimían á su estilo giros complicados y secos, y no conseguía escribir las palabras que sabía pronunciar. La justificación que redactó, en realidad, no justificaba nada; mas la acogida que Ethel dispensó á esta epístola sirvió para probar que la joven no se avenía á razones. Nuestro héroe sufrió vacilaciones horribles; á veces se incomodaba contra su novia, porque no apreciaba las cosas de igual modo que él; entonces vagaba por las salas del Museo, sosteniendo con Ethel imaginarias disputas, y hasta dirigiéndole acerbos reproches; otras veces, necesitaba hacer enérgica afirmación de voluntad y armarse de inflexible resolución y forzar la memoria y recordar las acres contestaciones de Ethel, para no echar á correr á esperarla en Chelsea y para no capitular vergonzosa-

Esta nueva fase duró quince días. No necesitó tanto tiempo la señorita de Heydinger para notar que el desastre del examen había determinado un cambio en la vida y en las costumbres de Lewisham. Comprobó que los paseos vespertinos habían acabado; que Lewisham trabajaba con desesperado ardor; que llegaba temprano á la Escuela y se marchaba tarde, y que volvía á estar pálido y ojeroso, como todo el que estudia mucho. Se le veía, hasta última hora, rodeado de diagramas y de manuales, en uno de los rincones más abrigados de la sala de trabajo, haciendo extractos, redactando notas y tomando apuntes. Todas las noches, en el Casino Estudiantil, escribía una carta dirigida á una tienda de papel, establecida en Clapham; esto lo ignoraba la señorita de Heydinger. La mayor parte de las cartas eran muy breves, porque Lewisham, fiel á la moda de la Escuela de Kensigton, se jactaba de no escribir «literariamente»; mas sus misivas, en forma telegráfica, lastimaban un corazoncito muy deseoso y muy menesteroso de frases tiernas.

Lewisham no siempre recibía benévolamente las repetidas insinuaciones de la señorita de Heydinger. Sin embargo, las antiguas relaciones quedaron restablecidas, hasta cierto punto. El joven le hablaba amablemente durante un momento; después cortaba, como quien troncha bruscamente una rama seca. Volvieron los préstamos de libros, que eran forma sutilísima inventada por la señorita de Heydinger, para formar el gusto estético de su amigo.

-Aquí tiene la obra que le ofrecí - le dijo cierto día, sin que Lewisham, aun cuando lo intentó, se acordara de semejante promesa.

El volumen era una colección de poemas de Browning, figurando entre ellos Sludge; también contenía La estatua y el busto, conmovedora diatriba contra las amarguras mínimas que sufren las almas tímidas. Sludge interesó poco á Lewisham, que no encontró en las estrofas del poeta, al medium, tal como él se lo imaginó; en cambio leyó y releyó La estatua y el busto, sintiendo honda impresión. Solía leer estas obras de vaga y amena literatura acostado, porque así sentía menos frío y porque no había inconveniente en dormirse y dejar caer el libro. Y se durmió, efectivamente, con el volumen de Browning en la mano, recordando y recitando estos versos que le produjeron excitación sentimental:

«Transcurrieron las semanas y los meses y los años, juventudes y cariño ya dejaron de brillar, y los dos se apercibieron, al sentir los desengaños, que soñaron con la dicha sin saberla conquistar.»

Repitiendo esta estrofa, Lewisham soñó con Ethel. Al fin se encontraron en el día de la boda. El la abrazó y quiso besarla, y de repente, la vió con los labios marchitos, con las pupilas apagadas, y con el semblante lleno de arrugas... ¡Y la vió vieja, horriblemente vieja!... Despertóse horrorizado, y, grandemente

entristecido, no pudo dormirse hasta el amanecer, pensando en la separación realizada y en que su novia tenía que andar sola por las calles, y pensando, también, en su propia posición y en las dificultades cada vez mayores que se le presentaban para la lucha por la vida. Dióse cuenta exacta de la realidad: la carrera difícil, y con la rémora de Ethel, resultaba imposible. No había que darle vueltas: era forzoso escoger entre la carrera y la novia. Vacilando se exponía á quedarse sin la una y sin la otra. Entonces, en vez de abatimiento, experimentó el enojo que determinan los deseos constantemente contrariados.

Al día siguiente de este sueño fué cuando insultó groseramente á Parkson, después de una reunión celebrada por los Amigos del Progreso, en el domicilio del mencionado alumno. No existe hoy en Inglaterra el tipo de estudiante que compendía las noblezas del ideal, combinando las pobrezas del vivir con las elevaciones del pensamiento. Merced al sistema seguido en los exámenes, los pensamientos no han de estar ni mucho más altos ni mucho más bajos que los estudios que se cursen. Con todo, el estudiante de Kensigton, que por lo general apenas si posee lo estrictamente indispensable para ir viviendo, exterioriza como puede, en cuanto encuentra ocasión, sus esperanzas de progreso universal. Una de estas formas exteriorizadoras era la reunión periódica de los Amigos del Progreso, sociedad que nació de la conferencia dada por Lewisham acerca del socialismo. Se acordó realizar esfuerzos enérgicos para mejorar á la Humanidad, y - hay que decirlo, - hasta la fecha, la Humanidad no había alcanzado beneficio.

Reunianse en la casa de Parkson, porque Parkson era el único de los Amigos del Progreso que podía permitirse el lujo de disfrutar alcoba y gabinete, convirtiendo el gabinete en salón de sesiones. Verdad es que para sus gastos contaba con cien libras esterlinas anuales. Los Amigos eran de distintas edades, casi todos muy jóvenes; muchos fumaban, otros tenían entre los dientes las pipas apagadas; no se bebía más que

una taza de café por barba; no había recursos para más. Merced á la presentación de Lewisham, Dunkerley, el segundo auxiliar en Whortley, actualmente primer auxiliar de una escuela extramuros, asistía á estas reuniones. Todos los Amigos llevaban corbatas rojas, excepto Bletherley, que, para significar sus aficiones artísticas, lucía una anaranjada, y excepto Dunkerley, que la llevaba negra con lunares azules, en razón á que el maestro auxiliar de una escuela privada debe guardar las apariencias. El reglamento social, que era sencillísimo, permitía á cada uno hablar cuanto quisiera, en tanto que no lo interrumpiesen los demás.

Habitualmente, el aspirante á Lutero del socialismo, el ridículo Lewisham, tenía algún tema que desarrollar, pero esta noche parecía encontrarse abrumado y distraído; tenía al alcance de la mano una cajetilla de cigarros argelinos (veinte por cinco peniques), y parecía preocuparse de fumárselos todos en la velada. Bletherley iba á tratar de «La mujer en el socialismo», y se había llevado, á prevención, las obras completas de Shelley (edición norteamericana) y un volumen de Tennyson, conteniendo «La Princesa»; los libros iban llenos de tiritas de papel, para facilitar la busca de las citas que se proponía hacer. Era partidario de la abolición de los «monopolios», y quería que la familia fuese reemplazada por el asilo. Hablaba melosamente, dengosamente, empalagosamente, y sus frases no encontraron aprobación general.

Parkson había nacido en Lancashire, era cuákero devotísimo y, á mayor abundamiento, ferviente admirador de Ruskin, de cuyas doctrinas y frases estaba saturado. Oyó á Bletherley con muestras ostensibles de desagrado, y en seguida emprendió la defensa de la antigua tradición de la fidelidad, que Bletherley se permitió apodar «la institución monopolizadora del matrimonion.

-La teoría antigua, lisa y llana: amor y fidelidadexclamó Parkson, - me basta, si fuéramos á orientar nuestro movimiento político inspirándonos en estas cuchufletas.

-Pero ¿funciona?... - preguntó Lewisham, usando por vez primera de la palabra.

-¿ Quién?...

-Esa teoría antigua, lisa y llana. Bletherley tiene indigestión de Shelley. Creo conocer la teoría... pero la teoría no es la práctica. Usted es joven, y se encuentra con la «inevitable media naranja» que es también muy joven. La teoría no marca la fecha del encuentro. Y se enamora usted... Y se casa, porque el amor se burla de obstáculos y de cerrojos... Y tiene usted hijos... Y todo esto resulta bien, teóricamente, para el hombre á quien sus padres dejaron cien libras esterlinas de renta anual. Pero ¿y para un empleadillo?... ¿Y para un maestro auxiliar como Dunkerley?... ¿Y para mí?...

—En tales casos hay que imponerse ciertas restricciones — contestó Parkson, — y hay que tener fe. Un hombre digno de ser esposo, merece que se le espere.

- ¡Y que se envejezca esperándole! - insinuó Lewisham.

—Es preciso luchar — observó Dunkerley. — Yo no veo la dificultad, Lewisham. La lucha por la vida es, indudablemente, áspera, ruda... Pero se puede... se puede intentar... Dos seres... juntan sus fuerzas... y se lanzan al combate. Si yo me enamorase hoy... me casaba mañana mismo. Y yo, hoy por hoy, sólo gano setenta libras esterlinas al año, sin casa ni comida.

Lewisham, muy intrigado, miró atentamente á su colega.

-¿Y se casaría usted?... — le preguntó.

Dunkerley se había ruborizado.

-Sin titubear. ¿Por qué no?...

-Pero ¿cómo podría usted vivir?...

-Eso se resuelve después. Si...

—No soy de esa opinión, señor Dunkerley — protestó enfáticamente Parkson. — Ignoro si usted ha leído Sésamo y Lys; allí encontrará usted, mucho mejor descrito que yo pueda hacerlo, el papel ideal de la mujer.

-En Sésamo y Lys sólo hay paradojas y frivolidades - interrumpió Dunkerley. - Leí algunos trozos,

pero me cansé... No puedo aguantar á Ruskin... Abusa de las proposiciones... Indudablemente domina la forma, pero no le envidio el estilo... Su literatura es la literatura propia para que se afine la hija de un comerciante de comestibles al por mayor... Nosotros, ni necesitamos ni apetecemos esos refinamientos.

-Pero... formalmente ¿se atrevería usted á casarse?... - insistió Lewisham, sintiendo inmensa admiración hacia Dunkerley.

-¿Por qué no?...

-¿ Con?... - Lewisham titubeó.

—Con setenta libras esterlinas al año. ¡Claro que sí!...

Un adolescente taciturno, después de toser y carraspear, exclamó:

-Hay que tener en cuenta siempre quién es la futura.

-¿Por qué casarse? - preguntó Bletherley, sin que nadie se dignara contestarle.

-Usted confiesa que ya es mucho pedir que una joven... - comenzó el sentencioso Parkson.

-No por completo. Cuando una joven escoge á un hombre, y el hombre la quiere, el lugar de ella está junto á él. ¿Para qué sirve suspirar?... Hay que juntar el esfuerzo de uno y otro... Hay que luchar y trabajar juntos...

-; Muy bien! - exclamó Lewisham, emocionado. - Usted habla, amigo Dunkerley, como deben hablar los hombres.

-El sitio de la mujer — murmuró Parkson — es el hogar. Y cuando no hay hogar... Creo y sostengo que el hombre debe, si hace falta, trabajar siete años, como Jacob trabajó por Raquel, y enfrenar sus pasiones, hasta prepararle hogar cómodo y decente...

—¡Eso! ¡Fabricar la jaula para el animal favorito!...— interrumpió Dunkerley. No. Aspiro á casarme con una mujer. El sexo femenino, sin gran molestia, ha tomado hasta hoy parte en la lucha por la existencia... y así continuará... Aterra pensar... en la lucha por la existencia... Pero, amigo Lewisham, no hay que

sacar las cosas de quicio. La mujer que ni lucha ni trabaja al lado del hombre... la mujer que sólo sirve para distracción y para instrumento de placer... no es más que...

Titubeó. Un jovencito de rostro granujiento, que fumaba como un desesperado, le brindó un término

oíblico.

—El adjetivo resulta algo fuerte — observó Dunkerley. — Diré que una mujer así es sólo una... odalisca.

El jovencito granujiento quedóse perplejo y dijo:

-Soy aficionado al tabaco algo más fuerte.

-Con los dos se puede usted marear - insinuó Dunkerley.

Esta fué, para Lewisham, la parte más interesante de la velada.

Luego, Parkson se levantó, tomó de un estante el ejemplar de Sésamo y Lys, y poco menos que á la fuerza leyó trozos del libro, que aplastaron á los discutidores, como una apisonadora á la arena de un jardín. Después, Bletherley, provocó un debate, contra todos, y salió abrumado por un diluvio de insultos. En resumen, la institución del matrimonio, en tanto cuanto interesaba al alumno de la escuela de Kensigton, no corrió peligro inminente.

A las diez y media la reunión se deshizo, y Parkson salió con sus camaradas para dar un paseo. La noche, aunque era de Febrero, estaba apacible y clara. Parkson se agarró á Dunkerley y á Lewisham, con gran contrariedad por parte de éste, que se proponía hacer confidencias y consultas á su antiguo compañero, el hombre de las ideas y de los inventos. Dunkerley habitaba en la parte Norte de Londres; por ello los tres compañeros subieron por la Exhibition Road hacia High Street y hacia Kensigton. Allí se despidió de ellos Dunkerley, dejándolos camino del nuevo alojamiento de Lewisham en Chelsea.

Parkson era de esos individuos virtuosos para los cuales la discusión de las cuestiones sexuales ofrece atractivo irresistible. La reunión le había despertado las aficiones oratorias. Debatió con Dunkerley, hasta llegar á ser pesado é incorrecto, y ahora descargaba sobre Lewisham el raudal inagotable de su elocuencia, cada vez más confidencial. Lewisham sentíase abrumado, y andaba con cuanta rapidez podía. Quería á todo trance librarse de Parkson, pero Parkson quería á todo trance confiarle interesantes secretos suyos y de otra persona, extraordinariamente pura, de la que Lewisham le había oído hablar.

Transcurrieron siglos.

De repente, Lewisham se dió cuenta de que su colega le enseñaba, á la luz de un farol, una fotografía representando á una joven bobalicona, inexpresiva y de rizada cabellera y vestida con traje modernista... Oyó que su compañero la consideraba como algo muy propio y como tipo de perfecciones y de virtudes. Parkson aguardaba la opinión de Lewisham.

Lewisham, vergonzosamente, disimuló la verdad.

-Es una figura interesante - le dijo.

-Esencialmente bella - exclamó Parkson, con enér gica serenidad. - ¿Se ha fijado usted en los ojos?...

-Sí.

-Son... inocentes. Verdaderos ojos de niño.

—Sí. Resultan infantiles. Es muy linda, amigo mío; que sea enhorabuena. ¿Dónde habita?...

-Nunca habrá visto usted en Londres semejante criatura... - observó Parkson.

-¡ Nunca! - contestó rotundamente Lewisham.

—Este retrato lo conocen muy pocos — murmuró Parkson. — No puede usted imaginarse lo que esta joven purísima representa y es para mí.

Guardó solemnemente la fotografía en su sobre, y desde aquel momento consideró á Lewisham como íntimo y fraternal amigo. Cada vez con más afecto se cogió del brazo de su infeliz oyente — que no gustaba de que lo cogieran del brazo, — y se entregó á prolijas divagaciones acerca del amor. Aquella palabrería estaba en cierto modo relacionada con los pensamientos que ocupaban el cerebro de Lewisham, y le permitían no poner atención. De vez en cuando tenía que contestar,

y experimentaba el deseo imbécil — comprendía que era un deseo imbécil — de franquearse con Parkson. La necesidad de huir de semejante persona se le hizo urgentísima... La paciencia de Lewisham se agotaba.

— Todos tenemos necesidad de una estrella polar!
— declamó Parkson, mientras Lewisham lo maldecía.

Estaban cerca de la casa de Parkson, y Lewisham pensó en que el suplicio acabaría, llevando al colega hasta la puerta de su domicilio. Parkson, charlando por los codos, se dejó guiar.

-He visto á usted, y perdone la indiscreción, hablar frecuentemente con la señorita de Heydinger.

—Somos buenos amigos — contestó Lewisham. — Pero... ¡ya está usted en su casa!...

Parkson miró con asombro «su casa».

—Aun tengo mucho que hablarle. Le acompañaré un rato, hasta Battersea... Decía que la señorita de Heydinger...

Y con aire de estúpida discreción comenzó á aludir á supuestas intimidades existentes entre la señorita de Heydinger y Lewisham. La indignación de éste subía de punto.

—Y también usted, amigo Lewisham, también usted llegará á conocer las delicias purificadoras del amor purísimo...

Entonces, á impulsos del deseo de poner dique á las murmuraciones inaguantables de Parkson, Lewisham se lanzó al terreno de las confidencias.

—¡Ya conozco esas delicias! — exclamó. — No habla usted con un profano... Desde hace tres años tengo elegida á mi futura...

De golpe se le quitaron las ganas de franquearse.

—¿ No se trata, pues, de la señorita de Heydinger?...

— preguntó Parkson.

-¡Cargue el diablo con la señorita de Heydinger!-

Y rápidamente, bruscamente, descortésmente, dejó plantado á Parkson en mitad de la calle, y se dirigió hacia Chelsea, mientras que su compañero aun seguía esperando la respuesta.

Parkson, estupefacto, corrió tras su amigo para preguntarle las razones de aquella inesperada ofensa. Lewisham siguió andando, con Parkson al lado. Luego, de repente, se volvió. Tenía el semblante descompuesto y se expresaba á media voz, pero con perfecta claridad.

—Parkson, es usted un imbécil... Tiene usted cara de carnero, modales de toro y conversación de rapabarbas. ¡Pureza!... El original del retrato que me ha enseñado usted... tendrá ojos de besugo y deberá ser una criatura tan fea y tan repugnante que nadie se atreverá á atentar contra su pureza... Le hablo en serio... ¡Márchese y déjeme en paz!...

Lewisham, tras este desahogo, prosiguió su camino. No se fué directamente á su alojamiento de Chelsea, sino que se pasó horas y horas paseando ante una casa de Battersea. De la iracundez salvaje, pasó á las ansiedades amorosas. Si esta noche pudiera verla... ¡sólo verla!... Ya estaba completamente decidido. Al otro mandaría el estudio á paseo y se iría á buscar á Ethel. Las frases de Dunkerley le habían llenado el cerebro de ideas tan nuevas como maravillosas. Si pudiera verla esta noche... ¡con sólo verla se contentaba!...

El deseo quedó satisfecho. Al final de la calle se cruzó con dos sombras: en la de un hombre alto, con lentes, sombrero clerical, y con el cuello del gabán levantado sobre las patillas grises, reconoció á Chaffery; la segunda sombra, no tuvo que esforzarse para conocerla. La pareja pasó sin fijarse en él; en él que á la luz de un farol pudo entrever el rostro de la joven, que se le antojó pálida y fatigada.

Lewisham se paró en firme, desconcertado, siguiendo con la vista á aquellas sombras que se iban perdiendo en la lejanía. La consternación lo inmovilizaba... Un reloj dejó oir lentamente las campanadas de las doce... Luego escuchó el ruido de una puerta que se cerraba. Después, después, continuó inquieto.

-Vuelve de una sesión; ha faltado á su promesa...

Vuelve de una sesión; ha faltado á su promesa. — Esto se dijo y se repitió tenazmente.

Al cabo encontró la explicación.

Ha faltado á la promesa porque la he abandonado. Lo debí adivinar, leyendo sus cartas. Ha faltado á la promesa, porque duda de mi formalidad, porque cree que mi amor es un pasatiempo... ¡ Ya suponía yo que ella no me comprendía!

CAPITULO XIX

LEWISHAM ENCUENTRA UNA SOLUCIÓN

A la mañana aguiente, Lewisham se enteró por Lagune de que no se había equivocado en sus cálculos, y de que Ethel, cediendo al fin á las amonestaciones,

se prestaba á intentar leer el pensamiento.

—Hemos comenzado magnificamente — murmuraba Lagune, frotándose las manos. — Estoy convencido de que, con ella, vamos á alcanzar grandes éxitos; por de pronto no cabe dudar que reune condiciones especiales para el caso; siempre lo dije al verle la cara... Reune condiciones especiales...

-Y... ha necesitado muchas... amonestaciones?...-

preguntó Lewisham con esfuerzo.

—Tropezamos con... dificultades grandes... muy grandes. Pero, naturalmente... le hice comprender... que no podía continuar siendo mi dactilógrafa si no se prestaba á auxiliarme en mis trabajos de investigación.

-¿ Eso le dijo usted?...

-Terminantemente. A Chaffery se le ocurrió la

idea, para hacerla ceder... Debo confesar...

Lagune se detuvo, asombrado, al ver que Lewisham, después de contraer y de cerrar las manos violentamente, daba media vuelta y se iba al extremo opuesto del laboratorio. Lagune le siguió con la mirada, pasmado ante aquel fenómeno psíquico, que le resultaba incomprensible.

-¡Extraordinario! - murmuró, comenzando á sacar

sus libros y papeles.

De vez en cuando se detenía para mirar á Lewisham, que se había sentado en su sitio habitual y que